

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Vobis etiam merito accepta referimus, qui tam strenue religionis, et
justitiae partes tuendas suscepistis....

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO, ROMANO.

Deumque, cujus causam agitis, rogamus ut vos in proposito confir-
met.—Pío IX al director y redactores de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid 12 rs. al mes.—En Provincias 17 rs. al mes, y 50 por trimestre en casa de los
comisionados, y 15 rs. al mes y 45 el trimestre en la administración.—En el Extranjero: 70 rs.—En Ultramar: 90
reales trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: En la administración, Pelayo, 38 y 40, cuarto principal de la derecha.—Provincias:
En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.—París: Agencia franco-española de D. C. A. Saavedra, 55,
rue Taibout.—Manila: D. Francisco Zudaire, Presbítero.—No se devuelve ningún manuscrito.

CARTA DE PUIG LLAGOSTERA

AL GENERAL PRIM.

Excmo. Sr.:—No me dirijo en esta carta al
amigo; el amigo lo perdí. En mi honor y en mi
conciencia, Excmo. Sr., que no comprendo cómo
ni por qué he de haber perdido un amigo a
quien nada podía jamás, a quien serví cuanto pu-
de, y a quien profesé siempre y profesaré a su
pesar un cariño apasionado.

Más diz que ha declarado V. E. que todo ha
concluido entre los dos; sea en buena hora. Olvide
V. E., si puede, la leal y desinteresada amistad
que le he profesado siempre; yo no olvidaré ja-
más que fué V. E., quien, al insultarme grose-
ramente en pleno Parlamento un hombre que
era, para desdicha de España, ministro de la na-
ción, se levantó V. E., siendo el jefe del ministe-
rio, a defender la probada lealtad e inmaculada
honra del oscuro productor, impunemente ataca-
da.

V. E. me conocía, Excmo. Sr., no tema
V. E. que llegue jamás a su noticia el menor he-
cho que pueda desmentirle en sus palabras.

El 5 de Setiembre último, y en carta dirigida
al señor presidente del Consejo de ministros,
lancé públicamente una gravísima acusación
contra las aduanas de España en general, y en
particular contra la de Barcelona. Como he
entonces interinamente la presidencia del Consejo
el ministro de Marina, quien respondió a la vio-
lenta escitación de la misiva, obrando como hu-
biera obrado V. E., Excmo. Sr., como hubiera
obrado yo, como obraría todo buen patriota de
honrado corazón y alma española, porque hay
fuerzas en el corazón del hombre honrado que al
tocarlas con lealtad vibran siempre sublevando
los más delicados sentimientos de la honra y del
orgullo.

Aquella carta, Excmo. Sr., produjo una tor-
menta, y es natural; para eso había sido escrita.
Hundí el brazo en ese pantano; lo que me
sumerge nuestro presupuesto, y agité con vio-
lencia el pestilente ceno de su fondo para que
saliese arriba. Soplo atrevido lanzado a la cara
de algunos que encubrían su caducidad con una
máscara de hipocrita honradez, lanzó lejos la
máscara y descubrió la caducidad. ¡Cuántos en
España, señor, pero cuántos al ver volar esas
máscaras llevaron instintivamente la mano al
rostro para asegurar la suya! Cree V. E. que hay
muchos rostros en política y en administración,
de los que, soplando bien, no se alza una ca-
reta?

Lanzada ante la opinión pública tan tremen-
da acusación, ante la opinión pública debo ex-
poner su resultado. Supremo juez de cuanto a
su dominio llega, solo ella puede fallar con li-
bertad omnímoda; que cuando al esfuerzo de po-
derosas influencias vacilan las leyes, la conciencia
pública es la sola que, sin doblegar jamás,
falla en justicia.

Además, la publicidad dada por algunas adua-
nas a sus reclamaciones contra mí, motivaron una
promesa por mi parte de contestar a todas jun-
tas en ocasión oportuna. Algunas de ellas, ha-
ciendo alarde de una gran impaciencia real ó
fingida, sin aguardar la ofrecida contestación,
citáronse a juicio hasta por edictos públicos.
No puedo excusarme, pues, de ningún modo
de dar esa contestación con la mayor publicidad
posible.

Al leal y decidido proceder del señor presiden-
te interino del Consejo de ministros debo más
que a nada la palmaria demostración de cuanto
dije; pues si menos celoso del buen nombre de
la administración pública, tan rudemente y con
tanta publicidad atacada, no hubiese mandado
una delegación especial para abrir una severa
información sobre la verdad de mis acusaciones,
es muy posible que, abandonado a mí mismo y
no tan pródigo como los defraudadores en ne-
gocios fraudulentos, hubiera podido probar poco ó
nada; y es hasta muy posible que en la causa
en que, haciendo alarde de una gran moralidad,
intentarón contra mí, hubiera resultado ser yo
un calumniador a quien con la ley en la mano
habrían mandado los tribunales a un presidio,
para arrastrar quizás las mismas cadenas que,
si en España se cumplen las leyes, habrán
ahora de arrastrar los probados defraudadores.

Doy, pues, las más ardientes gracias al Exce-
lentísimo Sr. D. Juan Bautista Topete y a la
honrada, celosa é inteligente delegación que por
su intervención vino. Al fin yo creo que merece
siempre bien del país todo el que, aun a riesgo
de atraerse poderosos odios, contribuye a que
no se vea públicamente castigada la buena fe y
el fraude impune.

A cerca de 40,000 duros se eleva la cifra que
representa los derechos defraudados en todo
aquello que se ha podido probar. Juzguese ahora
de la suma enorme que deben representar los
fraudes que razonablemente pueden suponerse
cometidos, sabiendo que la mayor parte de los
factibles por las aduanas son de aquellos que
pueden solos probarse sorprendiéndolos in-
fraganti.

Quedan, pues, probados los fraudes. Quienes
sean los culpables, los tribunales lo dirán.

Y ahora, señores de las aduanas, que con más
ó menos dureza me habéis dirigido preguntas ó
reconvenciones: en Madrid obran los nueve ex-
pedientes que demuestran cuanto de la de Bar-
celona dije. Os ofrezco públicamente una con-
testación a todas, y os la doy aquí solemne,
manifestándos a vosotros y al país, que me atengo
en un todo al espíritu y a la letra de la carta que
en Setiembre publiqué.

Allí dije que probaría lo de Barcelona y lo he
probado. De las otras, dije, solo se lo que la fama,
triste fama, me ha contado. ¿Qué mayor claridad
queréis? ¿Qué vienen vuestras preguntas ó vues-
tros cargos? ¿Soy yo el que debo decir una por
una si soy ó no culpables? Pues hablé de escán-
dalo y de robo, no pude de ningún modo referir-
me a quien no roba ni escandaliza. Allí en su
conciencia sabrá cada una si iban con ella mis
dictados.

Y además, ¿puedo yo ser responsable de lo que
la fama diga? ¿Soy yo por ventura si es cierto ó no
que el cónsul español de cierta plaza pase de
contrabando con su coche, ó pasen otros coches
a pretexto del suyo, las piezas de Prescott, a tres
reales pieza; las de pañuelos de algodón, de dos
docenas una, a tres reales; las de orleans, meri-
nos, muselinas de lana, etc., de seis a ocho y diez
reales pieza, según tamaño, etc., etc? La fama
lo dice, ¿me consta a mí acaso que el seguro para
el contrabando está en muchos puntos, en Va-
lencia por ejemplo al tres por ciento a domicilio?
No por cierto. ¿Y los millares de piezas estampa-
das de diez y seis hilos, y blancas desde diez y
seis hasta veinticinco, que pasan con un seguro

mezquino y se entregan a domicilio también, ha-
sta con los plomos de la aduana puestos? Mucho
menos. ¿Podría yo probar cuantos dice del modo
como se explotan las franquicias del cuerpo con-
sular y otras en detrimento del Estado? No: hay
quien jura que ha seguido la pista de seis carros
de alfombras entradas libres de derechos para
la legación en Madrid de cierta república, y que
en vez de ir a la tal legación fueron directamente
al almacén de alfombras de cierta calle de cu-
yo nombre no me quiero acordar.

Lo que no puedo creer, lo que rechazo aquí en
defensa de la dignidad nacional, es que haya sido
comprado por doscientos mil francos, por dos
casas editoriales de París, el decreto sobre la
introducción en España de libros españoles im-
presos en el extranjero. Y aunque yo he visto
circular de esas casas a los libreros de España,
con una fecha anterior de cuatro días a la del de-
creto en cuestión, lo niego rotundamente porque
me place conservar todavía la ilusión de que no
llega a tanto la carcoma.

Estas y otras, pero muchas, muchísimas más,
son las cosas que pregona por doquier la triste
fama de nuestra administración pública. Porque
tenga V. E. entendido, excelentísimo señor, que
lo que pasa en aduanas, pasa, en general, en todos
los ramos de la Hacienda, en todos los departa-
mentos de la administración, en todas las de-
pendencias del Estado, en que directa ó indirec-
tamente se haga ó pueda hacerse algo que valga
dinero.

Y la inmoralidad y el agio, excelentísimo se-
ñor, señorean en todas partes. Lo mismo en el
búfete de un ministro que en la portería del úl-
timo gobierno de provincia. Desde los más altos
hasta los más ínfimos puestos del Estado, todo
está invadido, todo está avasallado por esa alfa-
nda de hacer dinero. Y cúmplame consignar aquí que
hay indudablemente en todas las dependencias
del Estado personas dignísimas, empleados de
una intachable honradez; conozco algunos per-
sonalmente, y como algunos que conozco yo, ha-
brá muchos que no conozco. Con esos no van,
pues, mis calificaciones ni mis cargos; ¡ni cómo
podría! al hablar de inmoralidad y agio, es evi-
dente que no puedo comprender al hombre honra-
do.

Ahora bien, Excmo. Sr., las defraudaciones
probadas en la aduana de Barcelona, ¿no son
bastantes a demostrar más que la conveniencia,
la necesidad de dar una batalla simultánea y ge-
neral en las aduanas todas? ¿De qué aprovecha-
rá a la producción nacional ni al Tesoro que se
cierre al contrabando una aduana si se dejan
abiertas las demás?

La necesidad absoluta de esta medida no solo
en aduanas sino también en otras dependencias
del Estado que lo necesitan tanto ó más, está en
la conciencia de todo el mundo. Así se limpiaría
la administración y se duplicarían las rentas.
Vea sino V. E. el resultado pascoso que ha da-
do la información de la aduana de la Habana.
Desde que se abrió dicha información y desde
que está intervenida, de la comparación con
iguales mesas de los años anteriores, en que la
isla estaba en paz y en plena vida el comercio,
resulta para los actuales que con algunos miles
de toneladas menos se han recaudado algunos
millones más, probándose de todas maneras el
escandaloso pillaje a que se entregaban algunos
de los señores empleados que con grandes y
chicos sueldos se mandaban a aquella isla?

Y sin embargo, Excmo. Sr., ¿cuál de ellos
arrastra una cadena en los presidios de Africa?
¿en cuál de esas frentes que tan altavoz se ir-
guieron ante el mismo país que sacaron, estam-
pó el verdugo su infamante estigma? ¿qué
mano delincuente se clavó a las puertas de aque-
lla aduana? Prenda sangrienta, pero debida, a la
vindicta pública ultrajada; indeleble señal que
diría a todos con muda, pero elocuente voz: «¡Aun
hay justicia en España!»

Muy lejos de esto, no busqueis nunca en pre-
sidio al que abusando de su posición, ministro,
alto empleado u hombre influyente, ultrajando
la moral y escandalizando al país, vendió la ley
en beneficio propio. La ley no alcanza en Espa-
ña hasta tanta altura; y aun que hay un presi-
dio para los bandidos menores, los bandidos de
gran talla no los busqueis allí; buscadlos a lo
más en distinta situación y mejorados de sueldo;
pero jamás en presidio, donde si bien hallareis
constantemente al padre que robó un pan, y al
hijo que vengó a un padre, nunca al que dejó a
muchos padres sin pan para sus hijos, y a mu-
chos hijos sin pan, ni hogar, ni padre.

Y el deseo de que se moralice la administra-
ción y se cumpla la ley no es mío solamente; es
del país, que tiene hambre y sed de justicia,
que desea ardientemente olvidar los tiempos de
inmoralidad y nepotismo, pero que no olvidará
jamás que la última revolución se hizo al grito
de ¡viva España con honra!

No soy yo solo, señor, quien así piensa; yo soy
el que lo digo, pero el país lo piensa como lo digo
yo. A los pocos días de haber publicado mi escrito
a Topete acusando a las aduanas y manifestan-
do el triste estado del país, recibí una entu-
siasma carta de pública adhesión, honrada, excel-
lentísimo señor, con las primeras firmas de la
banca, del comercio, de la propiedad y de la in-
dustria catalanas. Vea ahora V. E., Excmo. Sr.,
qué título de príncipe de sangre real podría
equivaler para mí a la infinita honra que esa
carta me confiere.

Yo no permito que se publicara, porque hay
expresiones de tal favor en ella que no juzgo me-
recer; pero la conservo con más respeto y vene-
ración que conservaría los vetustos pergaminos
de una ascendencia ilustre. Solo añadiré a V. E.,
en corroboración de lo que le expongo, que ter-
mina uno de sus párrafos diciendo: «... que ter-
mina la perfecta moralidad en la administración pública,
empezando por arriba, es un elemento indispen-
sable sin el cual no hay leyes, ni bienestar, ni ri-
queza, ni gobierno, ni nación posibles».

Y ante el país que esto declara bajo la fé de
sus primeras firmas, se ostenta impune el delito
probado de defraudación y estafa; paseándose
públicamente con provocadora insolencia sus
autores, y aun circula la irritante especie de que
se les destina a un empleo mejor en otro punto.
¿De qué condición serán los españoles de ese otro
punto que así se les manda a un reconocido lad-
ron, cuya credencial en este caso ha de ser for-
zosamente una autorización de saqueo? Y si se-
gún se dice vienen aquí los arrojados de la Ha-
bana y van a la Habana los arrojados de aquí,
¿qué despreciable juego es ese que hasta la os-
tentación del cinismo lleva impresa en ese re-
pugnante lujo de desprecio de la pública opi-
nión? ¿O es eso la confesión oficial de que el país
es patrimonio exclusivo del partido ó la partida

que consiga cobrar sobre él el barato y saquear-
lo a su capricho? Vergonzosa manera sería esa
de administrar el país! Vergüenza y oprobio
para el país y para el Gobierno, que V. E. Exce-
lentísimo señor, no podrá de ningún modo con-
sentir!

He aquí, pues, el estado de la opinión en este
país, tierra clásica de la libertad y del trabajo.
Deslumbrado V. E. por los esplendores de su
elevada posición, no puede hundir su mirada en
las tinieblas que sumergen al país más allá del
presupuesto; pero yo, que amo entrañablemente
a mi patria y a V. E., alzo sin temor la voz para
hacerle oír al través de las tinieblas la opinión
del país, y no es fácil que llegue hasta V. E. una
voz tan franca y tan desapiadadamente leal co-
mo la mía.

Vamos corriendo, Señor, a la España de Car-
los II, pero con más triste condiciones por cuan-
to las necesidades son más y los vicios son ma-
yores. Esta es la triste verdad, díganle a V. E. lo
que quieran quienes estén empeñados en ocul-
társela.

Díganlo a V. E. lo que quieran los sabios
economistas que hoy manejan nuestra política,
el mal de España no es político, sino económico.
España se muere de miseria; ó con más propiedad
aun, España se muere de no saber vivir.

Victimas años há de la influencia más ó mé-
nos directa de un sistema económico que tiende
a disminuir la producción y aumentar la emi-
gración y la empleomanía; ciega y desatentada-
mente llevada nuestra Hacienda de empréstito
en empréstito camino de la quiebra; empeñados
todos los partidos en acumular sobre el misero
país gravámenes sobre gravámenes; tendiendo
el todo a gastar cada día más y producir cada día
menos, es decir, a estar cada día más pobres y
más entrapados, vamos de tropiezo en tropiezo
a hundirnos en la profunda sima de la que, una
vez en ella, no se levanta jamás las naciones sino por
el genio de un hombre ó el trabajo de los siglos.

¿De qué nos sirve, pues, que ejerzan el mon-
opolio del gobierno de la nación los doctores de la
llamada ciencia económica? Ahora mismo tenían
en sus manos grandes riquezas que se van a
evaporar; bienes nacionales por valor de muchos
millones, último resto de las inmensas propie-
dades que unas tras otras hemos ido malven-
diendo, sin que nos quede el menor astro que
podamos enseñar hoy del cambio de su produ-
cción. Vivieron los partidos algunos años más.

¿Quiere V. E. que la diga lo que haría con ese
último resto que nos queda? Haría primero una
relación detallada y una perfecta valoración de
todas y cada una de las fincas que se trata de
vender. Presentaría un proyecto general de ca-
nales de riego y vías de comunicación, previa y
detenidamente estudiado, teniendo en cuenta
la importancia y el porvenir de todas y cada una
de las comarcas de España, sus necesidades y su
producción posible, procurando en cuanto fue-
se dable beneficiar aquellas comarcas en que
radicaban las fincas comprendidas en la tasación.

Y luego, escogiendo aquellos de los proyectos
de importancia más inmediata cuya suma de
presupuestos excediera de algunos millones a la
suma de la valoración de las fincas, lo publicaría
junto con la relación detallada de estas, y lanza-
ría a los capitales del mundo (el dinero es cos-
mopolita) la siguiente provocación:
«Negocio. Se da a subasta la construcción
de cada una de estas obras, recibiendo en pago
las correspondientes fincas, ó hasta tal cantidad
en tal ó cual finca y el resto en la explotación ó
el canon de la obra por tantos años. Vengan pro-
posiciones».

Y las proposiciones vendrían, y vería V. E. en
ellas no tan sólo concurrir, pero hasta competir
los capitales extranjeros, y aumentar la tasación
de las fincas, y disminuir el presupuesto de
las obras, y realizar estas, y convertirse así en
fuentes inagotables de riqueza para el país por
el inmenso desarrollo de su producción, lo que
ahora va a convertirse en humo y trampas,
cuando después de algunos meses tan malven-
dos como estamos hoy, pero sin fincas, sin cam-
inos, sin canales, sin capital y sin trabajo.

Hoy, que rigen los destinos de la nación los
doctores de esa ciencia que se apellida a sí pro-
pia sabia é infalible; hoy que a vueltas de tanto
pregonar la salvación del país con la aplicación
de sus infalibles doctrinas ha logrado la escuela
encastillarse en el presupuesto, que era su fin;
hoy, que están la Hacienda y la Gobernación del
estado entregadas por completo a discreción de
los llamados economistas por excelencia, el tris-
tísimo estado económico del país responde hien-
do el mercedito honor a esa ciencia y sus doctores,
¿dónde está la abundancia, maestros? ¿dónde está
el bienestar, dónde está la Jauja? Jauja se halló,
pero la hallasteis vosotros, los que a ella ibais;
el presupuesto es Jauja. Por eso las revoluciones
se hacen en España para llevar a Jauja a tal ó
tal pandilla más hábil ó más osada; nunca es
Jauja para el país, condenado a pagar perpetua-
mente la Jauja de esos señores. ¡Cuándo será,
que sacudiendo el país productor la indolencia
criminal que le embrutece, empuñará el látigo
para arrojar tanto mercedero del templo de la
patria!

Y he aquí cómo y para qué, Excmo. Sr.,
comprendería yo que tendríamos todos el salto
mortal en que jugaríamos de una vez nuestra
existencia. ¡Ah, señor! si fuera yo el que estu-
viere en el lugar de V. E., regenciaría la España
aunque para su regeneración fuera preciso em-
pezar con un bautismo de sangre.

Es lo cierto, Excmo. Sr., que la producción
nacional agoniza, y que la opinión del país es
que se sacrifica la producción nacional a la po-
lítica. Es lo cierto que el trabajo mengua y la mi-
seria sube; es lo cierto que el dinero se va y la
tranquilidad no vuelve; y que sin capital, sin
trabajo y con miseria na es posible el orden, y
las esperanzas de un porvenir mejor se alejan
más cada día. ¿A dónde vamos?

Locomotoría lanzada a todo vapor por una rá-
pida pendiente, hemos perdido el carril y vamos
saltando sobre la vía. ¡Qué mano providencial
podrá de nuevo encarrilar el tren y evitar un
cataclismo!

Dos palabras más y concluyo.

Excmo. Sr.: en España no hay más que dos
partidos: los que pagan y los que cobran. Con el
primero está el país que trabaja y no quiere em-
pleos; todos los demás están con el segundo.
¿Cuál de los dos cree V. E., en buena ley, que
debería merecer la preferencia en el cuidado de
los Gobiernos?

Y por que al ver yo postergado al primero, y
al creerlo, como lo creo aun, en grave riesgo de
muerte de la voz de alarma, fui, V. E. lo sabe

bien, injuriado gravemente por un ministro en
el Congreso. Yo contesté a aquellas públicas in-
jurias con una carta por la que dicen que van a
imponerme los tribunales una sentencia de pre-
sidio. Si así fuera, si después de las duras pala-
bras que ambos a dos nos hemos dicho, quedara
impune el por ser ministro, y fuera a presidio yo
por no ser nada, la conciencia pública, señor,
esa conciencia pública que, como he dicho al
principio, no se doblega jamás cuando las leyes
vacilan, no vería sujeta en el grillete al criminal
sino a la víctima, y cada vez que se mueva el
presidiario, el estidente rumor de su cadena
despertando la conciencia pública hará repetir
por todas partes y uno a uno los violentos car-
gos de mi carta y mi telegrama.

Los hombres honrados de mi país abogarán
por mí si lo estiman justo; yo no pediré jamás,
yo no puedo jamás pedir gracia ninguna cuando
de nada me siento culpable. Eco tan solo de la
lastimera voz del país que trabaja y paga, dije
tanclaro como supe las quejas del país; y si al
referir los males que al país aquejan, y si al po-
ner el dedo en llagas que al país destruyan, y si
al causar abusos que al país deshonran, alcé con
rudeza la voz é hincó la mano, fué porque creí
de buena fe que quien lo podía remediar no lo
veía; nunca movido por mezquinas pasiones de
interés personal, de ambición ni de odio. ¿No os
he dicho ya otra vez que el país productor lo que
desea es solo orden, trabajo, libertad y econo-
mía?

Termino, Excmo. Sr., conjurándole a V. E.
por el nombre santo de la patria, en nombre de
este hermoso país en que ambos nacimos, que
sacrificando algo de la política, se ocupe con
preferencia de la cuestión económica, abriendo
sies preciso una vasta información de todos los
ramos de la producción española, sin cuyo desar-
rollo no hay hacienda posible.

Isabel II cayó en gran parte por no haber te-
nido jamás la fortuna ó el acierto de encon-
trar un ministro de Hacienda. Por la misma
razón caerá V. E., sea cual fuere la altura a que
se encumbe.

Sin el arreglo de la cuestión económica, sin
el desarrollo inteligente de las fuerzas vivas del
país, sin la extirpación de los abusos y de la
empleomanía, sean cualesquiera los atributos
de que se invista definitivamente a la nación,
ya terminen en un gorro frigio ó una corona, no
serán nunca más que un irisido disfraz bajo el
cual un ser decrepito vegetará muriendo hasta
que los buitres, desgarrando su disfraz, se re-
partan sus despojos. Podrá V. E. cubrir con
tanto imperial los harapos de un mendigo:
siempre pasará al través de la púrpura el pun-
zante mal olor de la miseria.

Creo haberle dicho a V. E., no todo, pero algo
de lo que piensa el país; y aunque tal vez con
rudeza, confieso que lo he dicho con gran fé,
pero sin gran esperanza. Profeta de desventu-
ras, mi voz no es estudiada en ese festín de
Baltasar. Aún es tiempo, señor, de salvar a Ba-
bilonia. Salve V. E. al país de la miseria y la
anarquía resolviendo la cuestión económica;
adquiera la producción el desarrollo y prospe-
ridad que tener debía; impere de nuevo el ór-
den, la moralidad y la justicia, y que entre los
aplausos y las bendiciones de ultratumba pue-
da con justicia consignar la historia que du-
rante la administración de D. Juan Prim se re-
generó la patria.

Barcelona, 19 de Diciembre de 1869.—José
Puig y Llagostera.

CONSULTA.

En algunos ejemplares de nuestro periódico
se publicó el sábado el siguiente documen-
to, aunque no completo, por error de
copia. Subsanado hoy este defecto, repro-
ducimos esa notabilísima consulta, que a
petición de la comisión de abogados para la
defensa de carlistas pobres, han emitido
ilustres juristas. Conviene mucho que
sea conocido ese documento, ya para que
los señores letrados lo tengan presente en
sus defensas, ya como prueba de la arbitra-
riedad con que se ha juzgado y se juzga a
muchísimos carlistas.

Dice así la consulta:

«La comisión de abogados elegidos por los ór-
ganos de la prensa carlista para la defensa de
sus correligionarios en los tribunales de justicia,
ha tenido a bien someter al dictamen de los que
firman las siguientes preguntas:

1.ª El decreto de la regencia de 22 de Julio
de 1869 que restablece la ley de 17 de Abril de
1821 sobre el procedimiento en las causas de con-
spiración directa y a mano armada contra la Cons-
titución, ¿puede ser ley para los tribunales, dada
la de 16 de Junio del año actual, el párrafo 2.º
del art. 4.º del decreto de 17 del mismo mes
y año, acerca del juramento del regente, y los ar-
tículos 11, 22, 31, 91 y 92 de la Constitución
hoy vigente?

2.ª De no ser aplicable dicha ley de 17 de
Abril de 1821 por los tribunales, ¿qué remedio
legal cabe contra las sentencias dictadas con ar-
reglo a dicha ley?

CONTESTACION.

Puesto que como letrados hemos sido llama-
dos a dar nuestra opinión acerca de las cuestio-
nes que encierran las preguntas anteriores, co-
mo letrados vamos a darla, prescindiendo de to-
da consideración que sea ajena a semejante ca-
rácter.

El íntimo enlace que con la política tiene una
de esas cuestiones, no puede en manera alguna
ser obstáculo a que la examinemos y procuremos
resolver con estricta sujeción a los principios de
la ciencia del derecho, a cuyo estudio estamos
consagrados.

Apreciando, pues, con este criterio la primera
de las cuestiones que se nos someten, no vaci-
mos en resolverla negativamente.

Los terminantes preceptos consignados en los
varios artículos de la Constitución vigente que
se citan en la pregunta a que contestamos, y los
que contiene el tit. 2.º de la misma ley funda-
mental dictan nuestra respuesta.

El art. 11 de la Constitución, no solo prohibe
que un español sea sentenciado por un juez ó tri-
bunal a quien leyes anteriores no hayan atribui-
do el conocimiento del asunto, sino que exige a
la vez que del mismo modo, por leyes anteriores

al delito que se persiga, se haya establecido la
forma en que el proceso haya de tramitarse.

El precepto constitucional abraza a la vez el
derecho sustantivo y el adjetivo: prescribe la
existencia de leyes anteriores, lo mismo para de-
terminar la penalidad, que para fijar la forma en
que el proceso ha de sustanciarse.

Partiendo de esta base, y siendo por otra parte
indudable que la potestad de hacer las leyes re-
side en las Cortes—art. 34 de la Constitución—y
que al poder ejecutivo que reside hoy en el re-
gente del reino, no compete intervención algu-
na, ni aun en la sanción de las leyes, y nunca
puede competirle en su formación—arts. 34 y 35
y ley de 16 de Junio último—es indudable, en
nuestro sentir, que el poder ejecutivo carece de
facultades para restablecer por sí una ley que se
hallaba derogada, y que fija un procedimiento
especial en determinado género de causas.

Indudable es también que los tribunales,
que ejercen el poder judicial—art. 36—y quienes
corresponden exclusivamente la potestad de apli-
car las leyes en los juicios civiles y criminales—
art. 91—y que no pueden aplicar reglamento al-
guno, sino en cuanto esté conforme con las mis-
mas leyes—art. 92—no deben hacer aplicación
de un precepto que carece del carácter de ley y
que sin embargo viene a alterar sustancialmente
las prescripciones previamente existentes, en
cuanto al procedimiento, que en una especie de-
terminada de causas ha de seguirse.

Y a confirmar esta deducción viene en los ca-
sos a que la consulta se refiere, el texto expreso
del art. 31 de la Constitución.

Con arreglo a él la ley de orden público que
ha de estar establecida de antemano no registrá
sino después de promulgada la ley de suspensión
de garantías, y en el territorio a que esta se
aplique.

Aun considerando, pues, como medida de ór-
den público la ley de 17 de Abril de 1821; y aun
prescindiendo de que no ha podido ser restable-
cida con el carácter de medida legislativa por un
acto exclusivo del poder ejecutivo, resulta
ria, sin embargo, inaplicable de todo punto
desde el momento en que se trató de procesos
incoados con motivo de sucesos ocurridos, sin
que previamente se hubiera dictado la ley de
suspensión de las garantías constitucionales.

Precisamente en este caso se encuentran todas
las causas cuya defensa está encomendada a la
comisión de abogados que se ha servido consul-
tarnos, y por tanto la imposibilidad legal de
aplicar a tales procesos las reglas del procedi-
miento, consignadas en la ley de 1821, restable-
cida y mandada observar con ciertas modifica-
ciones por el poder ejecutivo, aparece revestida
de un carácter completo de evidencia, toda vez
que faltan cuantas condiciones previas eran ne-
cesarias para su aplicación, aun cuando tuviera
hoy el carácter de ley de orden público, que cier-
tamente no tiene.

Nuestra contestación a la pregunta en que nos
ocupamos, hubiera sido acaso distinta, si las
Cortes Constituyentes hubiesen sancionado, de
una manera al menos indirecta el decreto de 22
de Julio último.

En semejante caso habríamos debido apreciar
si en la esfera del derecho podría ser suficiente
una aprobación indirecta, ó si por el contrario,
se necesitaba una ratificación expresa y termi-
nante: habríamos debido apreciar también, si los
efectos de esa aprobación, cualquiera que su ín-
dole fuese, habían de retrotraerse a la fecha en
que el poder ejecutivo adoptó la resolución de
que se trata, ó si por el contrario esos efectos
no existían legalmente, sino desde la fecha misma
de la aprobación.

Pero de todos estos puntos hemos podido
prescindir, porque de las investigaciones que
hemos practicado, hemos deducido que las Cortes
Constituyentes, aunque necesariamente co-
nocedoras de la existencia del decreto de 22 de
Julio último, no han adoptado directa ni indi-
rectamente resolución alguna que a él se refiera.

Y puesto caso que hubiese alguna decisión de
las Cortes, de la cual pudiera deducirse que
aprobaron, ó no desaprobaban la conducta del
Gobierno, esto solo serviría para librarle de res-
ponsabilidad, mas no para que se entienda por
los tribunales que está constitucionalmente res-
tablecida la ley.

Pasando ya al examen de la segunda de las
cuestiones propuestas, nuestra contestación se-
rá igualmente categórica y precisa.

Contra las sentencias que los tribunales dic-
tan, aplicando el procedimiento establecido en la
ley de 17 de

contingente militar por el año actual se reducirá de 80,000 á 400,000 hombres.

La Patrie y la France dicen que nada de nuevo ha ocurrido respecto á la crisis ministerial.

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID, 21 DE DICIEMBRE DE 1869.

¿QUIÉN CONSPIRA?

En vano se esfuerzan el Gobierno y los ministeriales en achacar el malestar presente ora á los enemigos constantes de la libertad, ora á la hipocresía con que tal ó cual partido se ha unido á la revolución de Setiembre.

Intúl es que en determinadas circunstancias, cuando el Gobierno y los ministeriales se ven apurados acudan á la fantasmagoría de las conspiraciones reaccionarias y se desgajen ponderando la actividad que despliegan los carlistas, el número de armas que pasan por la frontera y los trabajos que se hacen del lado de aquí y del lado de allí de los Pirineos. Con todo eso y con recordar á menudo los abusos de la dominación moderada y los estragos de la pasada intentona federal, no lograrán que la sociedad española compuesta en su mayor parte de gente honrada y laboriosa ajena á las luchas de los partidos políticos, aparte su atención de los verdaderos conspiradores, delos que con más fuerza y más eficacia que todos los enemigos de la situación juntos, están trabajando incesantemente contra el orden moral y material.

¿Quiénes son esos conspiradores? El Gobierno y los ministeriales que le apoyan.

Conspira el Gobierno cuando establece en España una legislación de razas y tiene una ley para los liberales y otra para los que no lo son. Cuando convoca á elecciones de diputados y no contento con interponer en favor de sus parciales toda su influencia moral, niega su amparo á los contrarios que reclaman contra las vejaciones y malos tratamientos materiales de que son víctimas. Cuando proclamando la más amplia libertad de imprenta deja sin castigo á los que organizan partidas de la porra y á la luz del día recorren las oficinas de los periódicos de oposición y apalean á sus redactores.

Conspira cuando espide órdenes bárbaras mandando fusilar sin formación de causa; y cuando al ser combatido por esas disposiciones que han ocasionado muertes, que el país entero ha calificado de asesinos, contesta descaradamente que volverá á hacer lo mismo en igualdad de circunstancias.

Conspira el Gobierno que, buscando popularidad entre algunos centenares de impíos huella la primera de todas las libertades, que es la libertad de observar el Evangelio, y conculca el derecho de propiedad, arrojando de sus casas á Sacerdotes virtuosos y santas mujeres que no han cometido más delito que el de servir con su vida ejemplo, de acusación perenne contra los malvados.

Conspira el Gobierno cuando persigue la religión católica en las personas de los sucesores de los apóstoles y de los ministros del Señor, y coarta el libre ejercicio de su misión divina y los encarcela, confundiendo con los criminales, y los deja morir de hambre, destinando á otros objetos el dinero que exige del pueblo para el sostenimiento del culto y clero.

Conspira el Gobierno cuando hiere los sentimientos de diez y seis millones de católicos, concediendo derechos á la impiedad é incautándose de la propiedad de las iglesias.

Conspira el Gobierno cuando burlándose el mismo de su propia obra presenta proyectos de ley como el del matrimonio civil, por medio de cual se destruyen impedimentos que sabidamente había establecido la Iglesia y respetado la ley civil, y con mengua de la moral y escarnio de las familias honradas se equipara los hijos legítimos á los nacidos de inmundos amancebamientos.

Si, en todos estos casos que acabamos de enumerar y otros muchos que podríamos citar, el Gobierno está subvertiendo el orden moral, y por consiguiente conspirando contra el orden material.

No solo conspiran los que trabajan para alzarse en armas contra el orden establecido y destruir la legalidad existente; no. Conspira también el que provoca y hostiga, lastimando incesantemente los sentimientos y los intereses de una colectividad de hombres, que por sufridos que sean al fin son hombres. La provocación puede venir de abajo y de arriba y no es ciertamente menos eficaz la segunda que la primera.

No vamos nosotros á examinar si la provocación por parte de un Gobierno puede legitimar la hostilidad de los gobernados y en qué casos puede suceder eso, no. Aun que no es para olvidada la teoría del derecho de insurrección tan á menudo expuesta nada menos que en el seno de la llamada representación nacional ó sea el santuario de las leyes, nuestro objeto no es amenazar. Nosotros hemos protestado mil y mil veces de nuestro respeto y de nuestra sumisión á la ley, y por si acaso es necesario repetimos hoy una vez más que todo lo espera-

mos de la lucha pacífica dentro del límite de los medios justos, lícitos y legítimos. Nuestro objeto al escribir las presentes líneas es llamar lealmente la atención del Gobierno y de los ministeriales hacia los peligros con que pueden tropezar en su desastrosa carrera. Porque, es lo cierto que aunque los hombres de orden negamos el derecho de insurrección y condenamos tan fatal principio, no podemos cerrar los ojos ante el hecho de las insurrecciones, ni podemos prescindir de examinar sus causas para evitar en lo sucesivo tan grave mal.

No es, no, la mayor ó menor extensión de los derechos políticos la que precipita á los pueblos en la fatal pendiente de las insurrecciones. Jamás pueblo alguno se ha levantado originariamente por carecer de tal ó cual grado de intervención en la gestión de los negocios públicos, ni por adquirir el derecho de nombrar legisladores, ni representantes de ningún género. Todas las revoluciones del mundo por regla general reconocen por causa el malestar moral y material de los pueblos, y casi siempre la escasez ó la miseria nacidas de los desaciertos del Gobierno ó de los abusos cometidos en la administración pública.

Un pueblo en donde acontece todo lo que ántes hemos indicado, en donde se toman disposiciones que parece que no tienen otro objeto que vejear á determinadas clases de la sociedad, ha de encontrarse necesariamente mal. Pero además de los que hemos dicho ántes, hay en España hoy otros graves motivos de descontento que afectan más inmediatamente al estado material del pueblo, y tocan por consiguiente más de cerca á todas las clases, aun á aquellas más numerosas que juzgan de la bondad de los Gobiernos por el grado de comodidad de que ellas disfrutan.

¿Cómo ha de juzgar bien del Gobierno el pueblo que ve que al son del himno de Riego han huido de España innumerables familias de las que dan vida al comercio, á la industria y á las artes?

¿Cómo ha de juzgar bien del Gobierno el pueblo que ve por sus propios ojos que en los establecimientos de Beneficencia, en otro tiempo tan ricos, reina una miseria espantosa; que los acogidos en ellos carecen á veces de lo más preciso, y que oye decir que, andando el tiempo, esos establecimientos tendrán que cerrarse por falta de recursos?

¿Cómo ha de juzgar bien de la situación el pueblo que mientras ve lo que sucede en los asilos de los pobres, oye decir que van á París á contratar empréstitos comisionados con quinientos reales de dietas y que los ministros van á gastar cuarenta mil duros en una cacería?

¿Cómo ha de juzgar bien de la situación el pueblo que ve que en año y medio ha aumentado en ocho mil millones la Deuda pública, y que sin embargo hay un déficit espantoso y se tienen desatendidas importantes obligaciones?

¿Cómo, en fin, ha de juzgar bien de la situación un pueblo que ve que en medio de la penuria del Erario se distribuyen entorchados á manos llenas, que por todas partes oye hablar de abusos y que oye decir que Fulano y Zutano estaban agoviados de deudas ántes de la revolución, y hoy hacen irritante ostentación de un lujo asombroso?

Concedemos de buen grado que en todas estas cosas que continuamente son objeto de la atención de los periódicos de todos matices, haya alguna exageración; pero importa mucho no olvidar que las exageraciones seducen fácilmente á los pueblos en donde las gentes crédulas y si se quiere ignorantes, están en mayoría. Importa mucho no olvidar que ante el pueblo no basta ser bueno, que es menester parecerlo, porque el pueblo se deja llevar más de las apariencias que de la realidad de las cosas.

Pero ello es que entre lo que hay de verdad y lo que sin ser verdad pasa por tal, la situación se va desprestigiando cada día más, el descontento aumenta y todo el mundo aparta la vista de los peligros ficticios que le indican los ministeriales para acusar al Gobierno y á sus secuaces de la única conspiración seria que nos amenaza, que es la conspiración del desorden en las esferas oficiales, del despilfarro en la Hacienda y de los abusos de todo género en la administración.

Nadie pregunte, pues, quién conspira, y déjense los periódicos ministeriales de hablarlos de carlistas, de isabelinos y de federales.

Aquí no hay más conspirador que el Gobierno, que dá causa ó pretexto para que los ánimos se iriten contra él y para que malgasten del actual estado de cosas. Aquí no hay más conspirador que los que olvidándose de su propio origen y de su propia conducta para con otros Gobiernos anteriores, se conducen como si España fuera un rebaño de mansas ovejas cuya paciencia no tiene límites.

Un periódico liberal destinado á decir amen á cuanto hacen y dicen el Gobierno y sus allegados, y especialmente el noble, el bravo, el ilustre marqués de los Castillejos ha creído encontrar una buena ocasión de

adular á este poderoso señor, descargando sobre nosotros, aunque sin nombrarnos, un abundante chaparrón de desvergüenzas, porque hemos tenido el atrevimiento de censurar á los que, en medio de la miseria que agobia al pueblo, se van á gastar cantidades fabulosas en una cacería.

Procaces, infames, calumniadores, sacristanes, avaros, buhos, necios y chatos nos llama *El Puente de Alcolea*, que así se titula el ilustrador de la opinión pública á que nos referimos. No sabe el citado papel ministerial qué buen rato nos ha hecho pasar su desvergüenzado suelto; su lectura nos ha convencido de que no perdimos el tiempo al escribir los nuestros acerca de la cacería en los montes de Toledo.

En defensa de este alarde de esplendidez del noble y poderoso marqués de los Castillejos, se le ocurren á *El Puente* tres razones, por decirlo así: 1.^a Que el general Prim hace la fiesta á costa de su bolsillo propio (advertimos que *El Puente* escribe bolsillo propio en letras gordas); 2.^a que el gasto que hacen el general Prim y sus convidados, redundará en beneficio del sastre, del zapatero, del talavartero, del armero, del tallista, del ebamista, etc., etc.; 3.^a que en tiempo de la reina se daban bailes y comidas diplomáticas acerca de las cuales pregunta si hacían el gasto los ministros de su propio bolsillo.

Y ¿á nosotros qué nos cuenta Vd. de tales bailes y de tales comidas? Si se costearon ó no del bolsillo de los ministros de la reina, con más razón que á nosotros podía preguntárselo *El Puente* á los convidados á la cacería de Prim, entre los cuales de fijo hay algunos que tomaron parte en aquellas fiestas sin pararse á averiguar quién las pagaba.

La defensa del lujo como medio de producción y de proteger á la industria y al comercio es una mentecatería que sienta muy bien en las columnas del ilustrado y culto papel á que nos referimos; pero le advertimos que no prodigue ese género de conocimientos si no gusta de ser silbado por el sentido común.

Que el general Prim costea la cacería de bolsillo propio, ¿Pues no faltaba más sino que recurriese para sus diversiones al bolsillo de los contribuyentes! Esto ya no sería solamente un insulto á la miseria pública sino que merecería otra calificación que á cualquiera se le ocurre. ¿Por dónde se ha figurado *El Puente de Alcolea* que pueda haber quien sponga que la cacería de los montes de Toledo no la paga el general Prim de su bolsillo? ¿Hay alguien que tal suponga? ¿Medrados estamos si cuando un ministro dá un convite hay que advertir que lo paga de su bolsillo propio!

Seguramente si *El Puente de Alcolea* se leyera fuera de España (que no es probable) mal concepto formarían los extranjeros de nuestros hombres públicos.

No, nosotros no ponemos en duda que el general Prim pague de su bolsillo propio el mueble de su castillo, las comidas para los convidados, el telégrafo y los telegrafistas y hasta el gasto que ocasionen los cien guardias civiles que se ha llevado para la custodia de su augusta persona. Lo que hemos hecho y haremos siempre que llegue el caso, es censurar que cuando la nación está arruinada, cuando los establecimientos de beneficencia están en la miseria, y cuando la escasez se deja sentir en todas las clases de la sociedad, el primer ministro de la nación que debe tener en consideración más que nadie el estado del pueblo, gasta miles y miles de duros en una fiesta de pura diversion. Esto es chocar con la miseria pública, es insultarla.

Por lo demás, si *El Puente* lo desea, no tenemos inconveniente en declarar que el general Prim tiene bolsillo propio y gran bolsillo por lo visto.

La Iberia escribe en su número de hoy unos cuantos párrafos acerca de la infalibilidad del Papa y demás cuestiones de interés particular de la Iglesia.

Los susodichos párrafos no tienen más que estas ligeras faltas: ser impertinentes, absurdos, contradictorios, y por añadidura, estar escritos con los pies, que son los órganos de que más fácilmente pueden disponer los progresistas.

En primer lugar, *La Iberia* al hablar de ciertas cosas, que, según dice, son de interés particular de la Iglesia, hace lo que se llama en castellano meterse en camisa de once varas ó en la renta del excusado. Si eso de que *La Iberia* habla es de interés particular de la Iglesia, deje á la Iglesia, y no tome cuidados ajenos.

Pero *La Iberia* no sabe lo que se dice, y á los asuntos de interés universal les quiere quitar su importancia, relegándolos únicamente á la Iglesia; lo cual, aunque fuera como *La Iberia* afirma, todavía no les haría perder nada de su trascendencia, puesto que la Iglesia se extiende por todo el mundo y ejerce su poderosa influencia en todas las sociedades. ¿Qué les importaría si no á los liberales que el Concilio declarase la infalibilidad pontificia, el *Syllabus* y otras cosas que los traen inquietos?

Dice *La Iberia* que aquellas cuestiones de interés particular de la Iglesia no están

todavía fuera de peligro, lo cual nos hace suponer que tendrán alguna pulmonía ó enfermedad por el estilo, cosa de que no tenemos noticia. Asegura luego el diario sagastino que «*Pío IX puede fundar su esperanza completa en el ultramontanismo de la mayoría de los Padres convocados*» pero que «*estos están dispuestos á hacer sentir su poder, antes que se conformen con hacer las declaraciones que se les piden*». Si aquí hubiera sentido común, ya que el castellano queda despedazado, algo diríamos; pero tenemos que pasar adelante.

«*El Concilio, continúa La Iberia, ha separado sus miembros* (ni Ruiz Zorrilla que lo entienda), los cuales, ni más ni menos que sucede con los miembros separados de ciertos animales, (como los progresistas no nos expliquen la comparación, no la entendemos) *han producido otros tantos seres animados de la misma especie, otros tantos conciliábulo*»

Jamás vimos un desastinar tan admirable: pero falta lo mejor: «*Esto ha desesperado al Sumo Pontífice, quien así lo ha expresado á sus íntimos*; (entre los cuales se cuentan, sin duda, los redactores de *La Iberia*; sea enhorabuena, pero no abusar de la confianza, porque es faltar á la educación) *pues con efecto, (pues, con efecto, esto no tiene ni gramática)*, debe haberle sorprendido que los Obispos convocados se hayan creído de buena fe que lo habían sido para discutir y deliberar.» ¿Si creará *La Iberia* que los Obispos y el Papa se han vuelto progresistas?

«*Bien se ve, pues, termina magistralmente La Iberia, que apenas reunido, ya se producen desavenencias en el mismo seno del Concilio infalible, y bien se comprende también que esas desavenencias han de ser fecundas en otras de más monta*, que sin duda van á hacer que la reunión del Concilio va á ser importante en resultados salvadores y edificantes para toda la cristiandad.»

Esto de que en el seno de un Concilio que ha separado sus miembros, se produzcan desavenencias, fecundas en otras de más monta, es un poco difícil de entender; en cambio, respecto á las cuestiones que todavía no están fuera de peligro, se comprenden perfectamente que el Papa, que puede fundar su esperanza completa en el ultramontanismo de la mayoría de los Padres convocados, esté desesperado, según ha dicho á sus íntimos; pero vuelve á aparecer la dificultad cuando se considera que las desavenencias de más monta van á hacer que la reunión del Concilio va á ser importante en resultados salvadores y edificantes para toda la cristiandad.

Aconsejamos al sabio redactor de *La Iberia*, á quien habrá costado una calentura escribir esos párrafos que valen un Perú, que se arrope y sude un poco para que pueda, en justa recompensa de sus trabajos, asistir á la cacería de los montes de Toledo. Pero cuide de llevar su artículo á guisa de reclamo, que para esto acaso sirva.

Llamamos la atención de nuestros lectores hacia la carta del señor conde de Chambord que publicamos en otro lugar del periódico.

No sabemos si tiene ó no carácter de manifiesto; pero sea lo que quiera, el señor conde de Chambord que ha mirado imparcialmente, exento de todas las pasiones de partido, la marcha fatal de la política francesa vacilante siempre entre el despotismo y la licencia, cree hoy oportuno afirmar la necesidad de volver al derecho cristiano, necesidad que la experiencia de muchos años de revueltas é inquietudes ha demostrado de una manera que no puede dar lugar á duda ni aun en los ánimos más ciegos por el espíritu liberal.

Enrique V ha probado mil veces que no tiene ambición de mando. Privado, por desgracia, de sucesión directa, no ha influido en sus pensamientos políticos ni aun el estímulo del amor paternal interesado en conquistar para sus hijos el alto puesto que por derecho les correspondería en el mundo.

Así, pues, cuando hoy asegura que «*buscar la estabilidad en las combinaciones del azar y de la arbitrariedad destruyendo de la sociedad el derecho cristiano, y basando sobre expedientes la fecunda alianza de la autoridad y la libertad, es exponerse á terribles desengaños*», lo hace sin pasión, sin interés, sin cálculo alguno político; lo asegura con la convicción sincera y profunda del que ha estado contemplando desde la altura de solitario monte los vanos esfuerzos de Gobiernos y sociedades empeñados en construir sólidos edificios sobre movediza arena ó sobre hirvientes huracanes.

Un periódico moderado cuenta, con mucho misterio, que circulan por Madrid rumores de que en la suntuosa cacería de los montes de Toledo se trazará el plan de una gran fiesta militar, en la que tomarán parte los voluntarios de la libertad.

Añade, dicho periódico que fuerzas del ejército de infantería y caballería atacarán las posiciones de los voluntarios, pero que se ignora cómo maniobrará la artillería y los regimientos de ingenieros. Por último,

afirma que esta fiesta, como todas las de su clase, acabará con ruido, muchísimo ruido.

Con perdón sea dicho del diario moderado, nosotros no damos crédito á ninguno de esos rumores.

A los montes de Toledo van Prim y los convidados á comer y divertirse únicamente. ¿Le parece al diario conservador poco entretenimiento tratándose de progresistas? Poco los conoce. Entre brindis y placeres un hombre del progreso es capaz de olvidarse no sólo de los hospitales y hospicios próximos á cerrarse por falta de recursos, sino también de la velocidad con que corre el tiempo para los que, por un capricho inexplicable de la fortuna, se ven en posiciones demasiado elevadas, atendidos su capacidad y merecimientos.

Por la diez millonésima vez vuelve hoy *La Iberia* á pedir destinos para los progresistas, excitando al Gobierno á que atienda á los hombres de este partido (¡pobrecitos!) y considere que en las provincias hay muchas autoridades y empleados no muy afechos á la causa de la libertad.

Pero la gracia no está aquí, pues ya sabemos que para los progresistas no hay más ley ni más patria que el presupuesto y el estómago: la gracia está en que según *La Iberia*, si el Gobierno sigue sus consejos, será una verdad la moralidad de la administración.

Luego la moralidad de la Administración es hoy una mentira. Así al menos se deduce de las palabras de *La Iberia*.

La Epoca, contestando en su primer artículo á los que nosotros hemos escrito sobre las escuelas católicas, dice textualmente que no quiere señalar «el cúmulo de errores, inexactitudes é ignorancias en que EL PENSAMIENTO otra vez más incurre», y añade que tergiversamos, desfiguramos y desnaturalizamos las cosas á sabiendas y por sistema, concluyendo por asegurar que agravamos, injuriamos y hasta calumniamos al clero español.

Estas graves acusaciones que *La Epoca* nos hace, no tienen fácil contestación en una polémica. Si *La Epoca* quiere probar á sus lectores que tiene razón al dirigirnos esos cargos tan poco honrosos para nosotros, copie íntegramente nuestros artículos, que en ello no hará sino un acto de justicia y de reparación. Nosotros, en cambio, copiaremos los suyos para que el público juzgue.

Es la única manera de probar cada uno su buena fe. De lo contrario, no añadiremos ya ni una sola palabra á lo que llevamos dicho sobre el asunto de la polémica con el periódico conservador liberal.

Como ayer al hablar de la cacería de los montes de Toledo citamos entre otros periódicos á *El Imparcial*, debemos decir en desagravio del que pudieramos haberle inferido que este diario, uniéndose su voz á la de los que critican la tal cacería, dice:

«No es malo que lo critiquen, sino que tengan razón»

A la carta del Sr. Puig y Llagostera que en otro lugar publicamos, hay que añadir un artículo de *El Imparcial* sobre aduanas y contrabando, para formarse una idea de la inmoralidad que reina en la administración de las rentas nacionales.

El Imparcial dice que á pesar de la suspicacia de nuestro régimen aduanero, á pesar de las trabas con que tropieza, no solo el comercio internacional, sino el comercio interior aun de géneros del reino, el contrabando se hace en grande escala por las fronteras y por el litoral.

El diario de la plaza de Matute se encara luego con el ministro de Hacienda, recordándole sus convicciones libre-cambistas en los siguientes términos:

«¿Qué hace el libre-cambista Sr. Figuerola, ministro de Hacienda, que hace el libre-cambista Sr. Sanromá, subsecretario del mismo ministerio, que no exigen del Sr. Gisbert, director general de rentas, que presente inmediatamente un proyecto de reforma radical de las ordenanzas de aduanas, con la supresión de los registros consulares, con la libre y completa circulación interior y otras modificaciones absolutamente necesarias?»

Hásenos dicho, y no lo creemos, que las nuevas ordenanzas están ya redactadas hace más de tres meses en la dirección del ramo.

Y no lo creemos, porque si están ya redactadas, cómo es que no han pasado á examen del ministro, ó bien si los asuntos financieros ocupan toda la atención de este, al examen de la junta de aranceles?

Sea como quiera, es imposible continuar de este modo, teniendo al comercio preso en la estrecha red de nuestro actual régimen aduanero.

No somos nosotros partidarios del libre-cambio; pero en este punto distamos también bastante de pertenecer á la escuela proteccionista moderada que el Sr. Figuerola ha seguido á pesar de sus compromisos y de sus convicciones libre-cambistas.

Queremos protección para la industria nacional, pero armonizando siempre los aranceles con los progresos naturales de esta. Queremos libertad para el comercio de lo interior, privándolo de esas trabas que hacen suponer en cada comerciante un defraudador de la Hacienda pública y que vayan de una manera ínicua al comercio de buena fe retrasando considerablemente sus transacciones, cuya importancia estriba á veces en la celeridad: pero para lograr esto desamamos también que haya un cuerpo de carabineros y de empleados en aduanas, de una moralidad á prueba de sobornos, lo cual se consigue haciendo inamovibles los destinos, castigando severamente á los empleados que falten á su deber, y recompen-

sando á los que se distinguen por su probidad y laboriosidad.

Esto no lo hará el Sr. Figuerola, no puede hacerlo tampoco ningún Gobierno liberal.

Respecto de las contradicciones que se notan entre las teorías del catedrático de la Universidad central y la práctica del ministro de Hacienda, solo diremos que para estos famosos ideólogos que prometen ríos de leche y miel á los pueblos, ha sido constantemente una verdad aquello de que no es lo mismo predicar que dar trigo.

En medio de las profundas amarguras que por todas partes nos rodean, la Divina Providencia quiere proporcionarnos alguna vez motivos de júbilo y consoladora esperanza. Tal ha sido la solemne inauguración del Paraninfo de la antigua Universidad de Alcalá, restaurado por los gigantescos esfuerzos de los Padres Escolapios, que severificó anteayer para la distribución de premios á los alumnos de sus escuelas. No es posible en unas cuantas líneas describir la majestad de esta ceremonia, en la que como en tiempos más felices tomó parte toda la población, ni mucho menos los encontrados afectos que produjo en el corazón de cuantos tuvimos la dicha de asistir á ella. Nunca tal vez la memoria de Cisneros ha tenido más entusiasmas y oportunos encomiadores; nunca nos parece que su sombra se ha levantado tan majestuosa é imponente para cobijar aquella porción escogida de jóvenes alumnos, que tan dignamente educan los celosos hijos de San José de Calasanz. Reciban todos ellos la sincera enhorabuena y la más rendida acción de gracias por tan colosales esfuerzos, especialmente el modestísimo rector y el infatigable Padre Tomás Sáez, que tanto han contribuido al buen éxito de esta fiesta verdaderamente nacional, pues que han devuelto á su patria el culto de las ciencias esa joya del arte, torpemente profanada en un siglo que se llama de ilustración y de cultura.

No son los periódicos republicanos ni los carlistas, ni los moderados, ni los unionistas los únicos que de cuando en cuando se quejan amargamente de la corrupción de la situación revolucionaria: diarios radicales, diarios progresistas, diarios á quienes no sin fundamento se atribuye estrechas relaciones con alguno de los ministros, claman del mismo modo contra esta plaga que dará muy pronto con la situación en el abismo del desprecio. Hoy sin ir más lejos nos habla *La Independencia de progresistas* de generalos que tratan de manchar su bandera con su conducta y sus desprecios, especialmente desde estos últimos tiempos en que nada se libra de la asquerosa lepra de corrupción con que han plagado al país las administraciones pasadas.

Y conociendo sin duda el mencionado periódico que eso de decir que hoy nada se libra de la asquerosa lepra de la corrupción es demasiado grave en boca progresista, y previendo el mal efecto que habían de producir sus palabras á la mayoría de sus amigos les sale al encuentro y les provoca del modo siguiente:

«Que desmentan los que puedan ofenderse de esto á *La Independencia Española*! No lo harán, no; porque presentes están los intachables testigos que los acusan. ¿Y quiénes son estos testigos? El lamentable estado de la Hacienda pública, próxima á la bancarrota; la pérdida del crédito; la empujamiento, y por consecuencia de ella que todos huyan de las profesiones útiles en busca de un destino, adhiriéndose al partido que mejor puedan adquirir, interesándose en la política, no para el triunfo de una idea grande y elevada, sino para el pretexto de ella, hacer su fortuna, á cuya causa se debe la multiplicación de los partidos y la situación en que estamos, sin que nadie, salvo honrosas excepciones, quiera contribuir de buena fé á formar el gran partido nacional que desde nuestra aparición en la prensa venimos aconsejando.

No habríamos dicho nosotros más si nos hubiésemos propuesto demostrar al pueblo cómo le engañan los que le incitan á morir en una barricada, no por el triunfo de una idea grande ni chica, sino por la fortuna de los instigadores y la ruina del país.

Días atrás decía *La Esperanza*:

«Pues señor, está visto que ninguna persona decente quiere el trono que la setembrina se ha propuesto levantar entre nosotros.»

La Opinión Nacional, con esa traviesa progresista que le es propia, copia esas líneas, y exclama:

«A ver, á ver; ¿cómo es eso?... ¿Pues no aspira vuestro idolatrado Carlos á ser nuestro rey?»

¡Rey, de los progresistas D. Carlos! Ya lo fuera si hubiese querido oír á los que hoy pretenden denigrarle.

Conducta despreciable es, por cierto, rebajar por todos los medios posibles á quien ayer se buscaba y se le daba el tratamiento de *Majestad*, como consta, según creemos, en documentos que se conservan.

Monarca revolucionario D. Carlos! ¿Qué motivos ha dado á los progresistas el rey legítimo de España para que así le rebajen? Sin duda el rechazar los servicios que le ofrecieron algunos emisarios del partido progresista.

Dice *La Epoca* que ya están en el ministerio de la Gobernación los últimos intrasferibles de la canga de las suscripciones intrasferibles que representaban el canal de los establecimientos de beneficencia. Estos títulos van á ser enajenados ó empeñados, y su producto no alcanzará á cubrir el déficit y dejará á la beneficencia provincial exhausta de todo recurso para lo sucesivo.

Entre tanto, añade dicho periódico, sólo se piensa en fiestas y banquetes, mientras los infelices enfermos sucumben en los hospitales.

Parece que los diputados republicanos de Zaragoza gestionan para que se exima de responsabilidad criminal á los autores de defectos ocasionados en los ferrocarriles de aquella provincia con motivo de la insurrección republicana, comprometiéndose á aceptar la responsabilidad de la indemnización.

Los contribuyentes de Santander han formulado una enérgica protesta contra las exacciones que se les imponen por la administración pública.

«Acudimos, dicen, á los tribunales, á las Cortes, al señor gobernador, á la prensa local y á la de Madrid, pidiendo por estos conductos amparo á la ley.»

Debe tenerse en cuenta que Santander fué una de las primeras ciudades de España que dieron el grito en favor de la revolución, regando de sangre sus calles por sostenerla.

Según dice un periódico el ex-diputado republicano Sr. Paul y Angulo expulsado de Francia por orden del emperador, se ha establecido por ahora en Suiza.

Hoy á las tres de la tarde se reúne la minoría republicana de las Cortes por citación de su comisión directiva.

La comisión de legislación de las Cortes se reunió anteayer, pero solo asistieron cuatro de sus individuos, no pudiendo adelantarse los trabajos. Según *La Correspondencia*, para reemplazar á los individuos que en ella faltan se designa á los Sres. Alvarez (D. Cirilo) y Herrera.

El Boletín oficial del Ayuntamiento de Madrid anuncia ayer á los vecinos de esta villa que la subcomisión de Hacienda y presupuestos del mismo trabaja incansablemente en establecer reformas y crear arbitrios que contribuyan á levantar las pesadas cargas municipales.

Tú que no puedes llevarte á cuestras.

Dicen los periódicos de Badajoz que la Guardia municipal de Lisboa se halla sobre las armas desde días, durmiendo toda la oficialidad en los cuarteles.

Un diario de Valencia explica en los siguientes términos el recurso á que se ha echado mano para rehuir las justas reclamaciones de los acreedores del Estado:

«Los pobres acreedores contra el Estado en esta provincia, dice, están de enhorabuena. No eran bastante desatendidos sus reclamaciones, contestadas cuando más con la frase sacramental de «no hay dinero» sino que se ha dado orden al portero para no dejar entrar en las oficinas de la administración económica á nadie que lleve libramientos. Tal al menos se nos asegura que es la consigna.»

La Epoca publica anoche una comunicación del secretario del gobierno superior de la Habana, en que manifiesta ser completamente inexacto que el diario madrileño *La Patria* esté autorizado por la autoridad superior de la isla.

Del nuevo padrón electoral hecho por el ayuntamiento de Barcelona, resulta, según un periódico, que en el anterior empadronamiento se incluyeron 24.000 electores de más, según se dice. Este puede ser un recurso revolucionario para reemplazar ventajosamente á la celebre influencia moral de los unionistas.

Parece que se ha pedido á las Cortes por el ministerio de Hacienda que se añada al presupuesto de gobernación del año próximo, al capítulo personal de comunicaciones, 120.000 reales para pago de los carteros de Madrid, en compensación del cuarto en carta por el servicio interior.

El marqués de Ayerbe ha acudido á las Cortes pidiendo que se le ponga en posesión de los derechos que disfrutaba sobre los terrenos y edificios ocupados y derribados para la construcción de la ciudadela y glasis de Barcelona, y que se le abonen los perjuicios que se le han irrogado con la interrupción en el disfrute de sus derechos dominicales sobre los terrenos y casas sobredichas durante el tiempo de la ocupación.

Consecuencia del espléndido regalo hecho á la capital de Cataluña.

Ayer debió celebrarse una manifestación republicana en Málaga, y se preparan otras en diversas poblaciones.

Según *La Bandera Roja*, el 16 hubo otra gran manifestación en Consuegra, estableciéndose en el mismo día un club federalista.

Dice *La Correspondencia*, que los Sres. Moret, García (D. Diego), Fernández de las Cuevas y Herrero (D. Sabino), de la comisión general de presupuestos, formularán separadamente voto particular, que leerán á las Cortes en una de las primeras sesiones.

Por el ministerio de Fomento se ha significado al de Estado para una gran cruz al antiguo y distinguido profesor de enseñanza superior don Vicente Santiago Masarnau.

Alguna vez, por carambola, se atiende al verdadero mérito.

Al recibirse en Sevilla y Barcelona la noticia del alzamiento de la supresión de garantías, las diputaciones y ayuntamientos de aquella provincia, disueltos en 6 de Octubre último, pretendieron volver á sus puestos enviando á los respectivos gobernadores comisiones que se lo notificasen, y formulando enérgicas protestas ante la negativa dada á su petición por aquellas autoridades.

Creemos que las susodichas garantías han de dar que hacer al Sr. Sagasta.

Ayer se celebraron en la iglesia del Sacramento con asistencia del Gobierno, y formando las tropas en las calles del tránsito, las exequias por el alma del teniente general señor duque de Ahumada, que falleció repentinamente en esta capital en la madrugada del sábado. R. I. P.

CORREO DE HOY.

Acabamos de recibir el texto del discurso inaugural del Concilio ecuménico, y haciendo un gran esfuerzo, nos apresuramos á traducirlo para que nuestros lectores conozcan cuanto antes este importante documento.

DISCURSO PRONUNCIADO el día de la apertura del Concilio ante el Sumo Pontífice y los Padres reunidos,

MONSEÑOR LUIS PUECHER PASSARALI.

ARZOBISPO DE ICONIO, «IN PARTIBUS» Y VICARIO DE LA BASÍLICA DEL VATICANO.

Santísimo Padre:

Elegido para inaugurar la más santa y la más grande de las cosas que puede haber en el mundo, sintiendo incapaz de cumplir con semejante encargo, confieso que, en mi temor, me hubiera apresurado á eximirme de este trabajo, si aquel, que con el imponente resplandor de la plena majestad sacerdotal preside nuestra Asamblea, no me hubiese animado y confortado. Ann-

que inferior en edad, en talento, en autoridad y en méritos á mis colegas en el episcopado, acepto, sin embargo, humildemente este deber, puesta la confianza en esas palabras del Espíritu Santo: *El hombre obediente contará sus victorias.* (Prov. XVI, 28.)

Además no ha contribuido poco á decidirme otra razón. Nacido en la ciudad donde la Iglesia católica celebró su último Concilio, tanto y tan justamente alabado y considerado por todos como un acontecimiento milagroso, he pensado que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la divina Providencia que se complacía frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me había dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admir

Parece que los republicanos se disponen á tomar una parte activísima en las elecciones municipales.

El Correo Militar publica los siguientes párrafos que reproducimos sin comentarios:

«Más de trescientos brigadieres cuenta hoy el ejército español.

«De ochenta y cinco á noventa oficiales generales de esta graduación desempeñan todos los cargos correspondientes á su clase en la Península y Ultramar.

«El resto se halla en situación de cuartel, estos es, aburridos la mayor parte de no hacer nada y gravando lastimosamente al Erario.

«En España se arreglan las cosas de tal modo, que todos estamos perfectamente mal, lo mismo los que pagan que los que cobran: la culpa y la responsabilidad pertenece de hecho y de derecho á los Gobiernos, los cuales, con objeto de encumbrar á sus amigos, pecan de falta de previsión y sobra de desparpajo.

«Si no se pone cuidado en arreglar la casa con sujeción á nuestros intereses, no habrá más remedio que pedir limosna mañana, después de un lujo que era imposible costear por largo tiempo.

«Reflexionemos mucho lo que conviene hacer en lo sucesivo, que el asunto bien lo merece.

«Hay en nuestros días, y principalmente en el ejército, un mal gravísimo, que no tiene trazas de extirparse nunca; este mal consiste en llevar al terreno oficial las afecciones puramente particulares.

«El hijo del general, el ayudante del general, los que rodean al general, sea quien quiera y llámese como se llame, han de obtener en casi todos los casos mayores recompensas que sus compañeros de armas, aunque la suerte no les depare ocasiones de distinguirse.

«Así se hacen rápidas carreras; así los altos empleos de la milicia toman un carácter hereditario y poco legítimo, pues muchos de los favorecidos, no estando á la altura de su improvisado empleo, solo sirven para blasonar la situación.

«En el ejército, más que en ninguna parte, se requiere justicia igual para todos, pues de lo contrario, solo se divertirán y gozarán unos cuantos á costa del sufrimiento y lágrimas de los demás.

«Ya es hora de que la necesaria moralidad empiece á tomar carta de naturaleza entre nosotros.»

Hemos tenido el gusto de recibir el precioso libro que con el título de *Las Serpientes* ha publicado la acreditada revista católica *Altar y Trono*.

Su autor Enrique Lasserre propúsose al escribirlo, tratar un pensamiento grave y filosófico bajo forma humorística y podemos decir que lo ha logrado cumplidamente. El objeto de la obra, el ingenio con que está desarrollada y la exactitud y profundidad de sus observaciones la recomiendan de sobra, y si á esto añadimos que está traducida correcta y esmeradamente por el Sr. D. Valentín Gómez, y elegantemente impresa por el Sr. Dubrull, escusaremos elogiarla y ensalzarla.

Véndese este librito en las librerías Católicas del Sr. Tejido y en otras varias, al precio de 4 reales.

Nuestro querido amigo el distinguido publicista y eminente orador católico, Sr. D. Vicente de Mantolara, acaba de dar á la estampa una importante obra con el título de «Vindicación del poder extraordinario de los Papas de la Edad Media.

Excusado es encarecer la obra del diputado católico, escrita con la facilidad y galanura que le es propia, combate victoriosamente todos los errores, todas las falsas acusaciones que de algunos años á esta parte vienen haciéndose al Papado, en especialidad al de aquella edad ruda. Sin la influencia de Roma, apenas constituida la sociedad, hubiera desaparecido del mundo la civilización, la ciencia y la verdadera libertad á tanto precio conquistada por la Europa y patrocinada por el Pontífice, como jefe de la Iglesia católica, á cuya saludable influencia se deben todos los adelantos más preciosos.

Damos la enhorabuena por su obra al digno magistrado de Victoria, y no dudamos un momento en recomendar su adquisición á nuestros lectores.

El libro que nos ocupa se vende en Vitoria en la redacción del *Semanario católico vascu-navarro*, al precio de 8 rs., á 9 en Madrid, casa de don Miguel Olamendi, calle de la Paz, núm. 5, y en todas las capitales de provincia.

DICTAMEN Y VOTO PARTICULAR SOBRE LA AUTORIZACIÓN PEDIDA POR LA SALA SEGUNDA DEL SUPLENTE TRIBUNAL DE JUSTICIA PARA PROCESAR AL MUY REVERENDO CARDENAL ARZOBISPO DE SANTIAGO.

A LAS CORTES.

Los diputados que suscriben, mayoría de la comisión nombrada para dar dictamen sobre la autorización pedida por la sala segunda del Supremo Tribunal de Justicia para procesar al muy reverendo Cardenal Arzobispo de Santiago, sienten vivamente la necesidad en que se encuentran de cumplir su delicada misión, por lo que afectan a una persona que representa a la nación y de alta dignidad eclesiástica. Ambas circunstancias imponen el deber de resolver en calma, sin pasión y con estricta sujeción a las leyes, el punto sometido a la decisión de las Cortes; por lo cual los diputados que firman este dictamen han cuidado de estudiar prolijamente los antecedentes que ilustrarían pudieran para emitir una opinión basada sobre la más severa imparcialidad.

Cuando la Asamblea Constituyente, después de haber dotado al país de una ley fundamental que dando preferencia a la religión católica, imponía al Estado la obligación de mantener su culto y sus ministros, daba tréguas á sus tareas, la nación, trabajada por grandes males, de origen más ó menos antiguo, se vio sorprendida por una insurrección alarmanente gravísima, por que era á un tiempo política y religiosa, ya que personas elevadas en aquella guerra sin razón empezada. El Gobierno accedió, como era su deber, á la defensa de las instituciones, y entre otros medios empleados para restablecer el orden público, resolvió dirigirse á los diócesanos la circular que vio la luz en un decreto refrendado por el ministro de Gracia y Justicia en 5 de Agosto. Ninguna ofensa voluntaria, en sentir de los infrascriptos; ningún agravio al Clero se consigna en la exposición que á ese documento precede, puesto que al hacer historia, al referirse hechos públicos y conocidos se trataba tan solo de justificar el acuerdo del poder ejecutivo. Ninguna trasgresión, ninguna usurpación de facultades ajenas envolvía la parte dispositiva del decreto: cuanto en él se contenía, ajustábase á precedentes legales, esparcidos en nuestros Códigos, y á inconcusas prácticas.

Mas aunque así no fuera, aunque el Gobierno, llevado del deseo de restablecer la paz hubiera penetrado algo en el campo de la jurisdicción privativa de la Iglesia, eran tan críticas las circunstancias, que bien podía y bien debía dejarse para días más serenos toda oposición pública por parte de los Prelados á quienes el Gobierno se dirigía para que le auxiliaran en la obra de pacificación de la sociedad española. El muy reverendo Arzobispo de Santiago no opinó de esta manera; y lejos de cooperar á las almas combatidas por el poder civil, y como si el país se hallase en circunstancias ordinarias, rehusó la ejecución del decreto indicado, hizo imprimir, para que á nadie quedase duda de su actitud frente al Gobierno, la exposición que le dirigí en 10 de Agosto, y en ella esparció múltiples frases, repetidas expresiones, que indudablemente tendían al desacreditado del ministro de Gracia y Justicia, al menosprecio de su autoridad y al relajamiento del poder civil. Fijar en este dictamen esos rasgos y esas expresiones, no parece necesario, toda vez que el documento aludido obra en el expediente, y por lo mismo los diputados que suscriben se reservan marcarlas en la discusión que debe tener lugar.

Por ahora, y como consecuencia de estas premisas, limitábase á consignar:

Primer. Que en su sentir hay en la resistencia del muy reverendo Cardenal Arzobispo de Santiago, en el modo de llevarla á cabo, en sus actos con relación al decreto de Agosto, hechos que nuestras leyes penales reprobaban y que hacen necesario un juicio.

Segundo. Que en el poder civil existe jurisdicción bastante para conocer de esos hechos por medio de los tribunales ordinarios.

En su consecuencia, los diputados que suscriben proponen á las Cortes se dignen conceder la autorización que para procesar al muy reverendo Cardenal Arzobispo de Santiago solicita la sala segunda del Supremo Tribunal de Justicia.

Palacio de las Cortes 16 de Diciembre de 1869. —Juan Andrés Bueno, presidente.—Sabino Herrero.—Eulogio Eraso.—Venancio Gonzalez.

Voto particular.

Los diputados que suscriben han estudiado con la detención debida el suplicatorio dirigido á las Cortes Constituyentes por el Tribunal Supremo de Justicia en demanda de autorización de las mismas para procesar al señor diputado D. Miguel García Cuesta, Cardenal Arzobispo de Santiago. No les fué posible ponerse de acuerdo con sus dignos compañeros de comisión, y tienen el sentimiento de formular voto particular.

Abrogaron la esperanza en un principio de llegar á un acuerdo común; tantas, tan poderosas é incontrastables son las razones que en opinión de los que suscriben militan en favor de la negativa que tienen la honra de proponer á las Cortes.

El expediente instruido, que otro nombre no merece hasta ahora lo que comprende el testimonio elevado á las Cortes por el Tribunal Supremo, adolece de un defecto capital, que no se concebimos cómo pudo escaparse á la penetración del primer tribunal de la nación. Aludimos á la falta de reconocimiento por parte del señor diputado Cardenal del documento que se le atribuye y por el cual se le intenta procesar. Sin esta circunstancia, ni el tribunal pudo, en la humilde opinión de los autores de este dictamen, declarar que había lugar á la formación de causa, ni las Cortes acordar sobre el particular de la autorización. Procedería, pues, bajo este primer aspecto, la aplicación de la fórmula «no há lugar á deliberar». El negocio cae en términos forenses, de lo que se llama estado.

Mas como quiera que aun pasando por alto esta importante omisión al par que esencial omisión, la competencia del tribunal que impetra la autorización, aun con ser el más alto y respetable del país, no es cosa que esté fuera de duda, y por otra parte, la inculpadibilidad del diputado acusado no se le ofrece ni un momento siquiera á los infrascriptos; entienden que procede la negativa propuesta.

No se trata de un sermón, de una carta pastoral ni otro documento de esta índole, sino de una contestación dirigida al señor ministro de Gracia y Justicia por un Prelado que estima imponente la jurisdicción del mismo en la materia de que se trata; claro es que tanto considerando la cuestión bajo este aspecto, como tratándola en la esfera de la religión y de la ortodoxia católica en que el diputado Arzobispo se coloca, sus palabras y sus juicios, no solo entrañan, cuando menos visos de razón y de notoria competencia que no es posible desconocer atendida su jerarquía y sagrado carácter; sino que distan mucho de envolver desobediencia y falta de respeto.

En defensa de la jurisdicción propia es grande el campo que la jurisprudencia y las leyes otorgan al tribunal, autoridad ó potestad, que de potestades se trata aquí, que se creen inviolables ó de algún modo atropelladas. No estiman, pues, los que suscriben que hay exceso punible en los términos de que se sirvió el señor diputado Cardenal; y no arrojando méritos bastantes al suplicatorio que se acompaña para considerar culpable al diputado D. Miguel García Cuesta, Cardenal Arzobispo de Santiago tienen el honor de proponer á las Cortes se sirvan negar la autorización que solicita el Tribunal Supremo de Justicia para el intento de que se ha hecho mérito.

Palacio de las Cortes, 17 de Diciembre de 1869.—José Eidiuayen.—Enrique de Cisneros.

CARTA DEL CONDE DE CHAMBORD.

L'Union, periódico legitimista de París, ha publicado el siguiente documento:

«Prohíbido, 15 de Noviembre.—Sabe Vd. como nadie, amigo mío, que la idea de Francia, la pasión por su dicha y su gloria, el deseo de que vuelva á recobrar en el mundo el puesto que la Providencia le ha asignado, son siempre objeto preferente de mis pensamientos. He respetado los ensayos que mi país ha querido hacer, y se ha llegado hasta admirar la persistencia de una reserva de la que sólo Dios y á mi conciencia debo cuentas. Pero si pudiera haber lentivo para las prolongadas amarguras del destierro, hallaría yo en no lo he faltado á la resolución tomada de antiguo de no agravar los peligros y las dificultades de Francia.

«Esto no obstante, obligárame el honor y el deber á prever contra funestos estravíos, y no volé en protestar contra las pretensiones de un poder que, basado únicamente sobre el prestigio de un nombre glorioso, creyó que podía imponerse al país en un día de crisis.

»Entonces dije yo á los franceses:

«Queréis una monarquía, habeis reconocido que solo ella puede daros, con un Gobierno regular y estable, esa seguridad para todos los derechos, esa garantía para todos los intereses, ese concierto permanente de una autoridad fuerte y de una prudente libertad que labran y sañan la dicha de los Estados. Pero no cedáis á ilusiones que podrian ser fatales. El nuevo imperio que se os propone nunca podrá ser la monarquía templada y duradera de la que esperais tantos bienes. Sólo la monarquía verdadera, la monarquía tradicional, apoyada en el derecho hereditario y consagrada por el tiempo, os devolverá tan preciados bienes.

«El génio y la gloria de Napoleón no lograrán fundar nada estable, y menos llegarán á tanto el recuerdo de su nombre y una parodia de su gloria.»

«Diez y siete años hace que dirigí á mi país estas palabras, y en ellos se han justificado plenamente mis previsiones y consejos. Francia y Europa se hallan de nuevo amenazadas de terribles conmociones, y hoy, como hace diez y siete años, afirmo que la monarquía hereditaria es el único puerto de refugio en el que, después de tantas tempestades, podrá hallar Francia la tranquilidad y el bienestar.

«Buscar, prescindiendo de esa monarquía, la realización de las reformas legítimas, buscar también la estabilidad en las combinaciones del azar y de la arbitrariedad destruyendo de la sociedad el derecho cristiano y basando sobre expedientes la funesta alianza de la autoridad y la libertad, es exponerse á terribles desengaños.

«Francia reclama con justicia un Gobierno representativo, honrada y lealmente practicado, con todas las garantías y libertades necesarias; desea también una prudente descentralización administrativa, y una protección eficaz contra los abusos de autoridad. Un Gobierno que tenga por regla invariable de conducta la honradez y la probidad políticas, lejos de temer esa garantía y esa protección, debe, al contrario, solicitarlas.

«Los que invaden el poder son impotentes para cumplir las promesas con que seducen á los pueblos, porque están condenados á apoyarse sobre sus pasiones en vez de apoyarse sobre sus virtudes.

«Berruyer lo ha dicho admirablemente: «Para los usurpadores, gobernar no es ilustrar ni dirigir la razón pública: bástales adularla, despreciarla y concluir con ella.»

«Para la monarquía tradicional, gobernar es apoyarse sobre las virtudes de Francia; es desahollar esas nobles virtudes, es trabajar sin descanso para darla todo lo que constituye las naciones grandes y respetadas; es querer que sea la primera por la fe, el poder y el honor.

«¡Plegue á Dios llegue el día, por mi tan sinceramente ansioso, en que pueda servir á mi patria! ¡El sabe cuán gozoso daría mi vida por salvarla!

«Tengamos confianza, y no dejemos de trabajar por tan noble objeto. La última victoria la obtiene siempre la justicia y el derecho.

»ENRIQUE.»

PARTE OFICIAL.

La Gaceta de hoy publica un decreto del 20 del corriente disponiendo que durante la ausencia del ministro de Gracia y Justicia se encargue del referido ministerio el subsecretario del mismo D. Eugenio Montero Ríos.

Por decreto del ministerio de la Gobernación de 1.º de Diciembre se dispone que la sección de patronatos quede en su totalidad y desde esta fecha incorporada á la plantilla general de dicho ministerio.

Por el mismo ministerio se decreta con fecha de hoy lo siguiente:

Artículo 1.º Se convoca á los colegios electorales de las circunscripciones que á continuación se expresan, para que procedan á la elección parcial de los diputados á Cortes que tambien se indican, con arreglo á las vacantes determinadas por las mismas Cortes:

CIRCUNSCRIPCIONES. VACANTES.

Avila.....	Una.
Vich (Barcelona).....	Una.
Caceres.....	Una.
Paisencia (Caceres).....	Una.
Cádiz.....	Una.
Jerez (Cádiz).....	Una.
Ciudad-Real.....	Una.

Huelva.....	Una.
Huesca.....	Una.
Jaen.....	Una.
Leon.....	Una.
Logroño.....	Dos.
Lugo.....	Una.
Madrid.....	Una.
Murcia.....	Una.
Lorca (Murcia).....	Una.
Ginzo de Limia (Orense).....	Una.
Oviedo.....	Una.
Avilés (Oviedo).....	Una.
Santander.....	Una.
Valencia.....	Una.
Játiva (Valencia).....	Una.
Liria (idem).....	Una.
Bilbao (Vizcaya).....	Una.

Art. 2.º La elección se efectuará en la forma dispuesta para las elecciones generales.

Art. 3.º Darán principio las elecciones el día 20 de Enero del año próximo, y continuarán en los tres siguientes; el segundo escrutinio se verificará el día 26, y el tercero ó general el 3 de Febrero.

Por otro decreto del mismo ministerio y de igual fecha, se convoca de nuevo á los colegios electorales de la circunscripción de Badajoz para que procedan á la elección parcial de dos diputados á Cortes en la forma prevenida, debiendo dar principio el 20 de Enero del próximo año.

NOTICIAS GENERALES.

«He aquí las materias que contiene el último número de la revista hispano-americana *Altar y Trono*, que dirigen los Sres. D. A. J. de Vildósola y D. Valentín Gómez: De las relaciones de la Iglesia y del Estado (continuación) por D. A. J. de Vildósola.—De la Inquisición en sus relaciones con la civilización española: de la decadencia de España en el siglo xviii: por don Francisco Navarro Villoslada.—La cuestión de archivos en España (artículo vi): formación del archivo histórico-nacional á consecuencia de la desaparición de los archivos eclesiásticos, por D. Vicente de la Fuente.—Crónica del Concilio: I. La infalibilidad pontificia: manifestaciones contrarias: intervención repentina de monseñor Dupanloup: efecto producido por esta intervención: oportunidad de una definición: progreso de la verdad en la Iglesia: servicios prestados á la ciencia por las verdades católicas: adhesión de Mons. Meignan y de Mons. Place á la Carta de Mons. Dupanloup: cuáles son los verdaderos amigos de la libertad.—II. Manifestaciones católicas: Obispos, sacerdotes y Clero: monseñor Laval: los católicos de Bélgica: tributo de la ciencia al Concilio.—III. Los gobiernos: Chile, Brasil, Baviera é Italia: carta del Papa á monseñor Mannin.—Noticias y documentos relativos á la apertura del Concilio.—Virginia, ó Roma en tiempo de Nerón: novela escrita en francés por Villafrañco, y traducida por D. Francisco Melgar (continuación).—Revista de la semana, por B.—Correspondencia extranjera.—Parte oficial de la Gaceta.—Suelto.—Anuncios.

PARTE RELIGIOSA.

SANTO DE HOY. *Santo Tomás, Apóstol.*
SANTO DE MAÑANA. *San Demetrio y compañeros mártires.*

CULTOS.

Se gana el jubileo de Cuarenta Horas en la iglesia parroquial de San Sebastian, donde por la mañana habrá misa mayor, y por la tarde preces y reserva.

Continúa celebrándose la novena de la Virgen de la O en San Luis, y predicará en la Misa mayor D. Jaime Cardona, y por la tarde en los ejercicios será orador D. Basilio Sanchez.

Por la noche habrá ejercicios en Italianos, en San Ignacio y en Monserrat.

VISITA DE LA COBETA DE MARÍA. Nuestra Señora de Valvanera en San Ginés, ó la de la Piedad en San Millán.

Sereza de San Gregorio VII, Papa y confesor, con rito doble y color blanco, haciéndose conmemoración de la Feria.

Imprenta de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL, Pelayo, 34, á cargo de R. Labajos y Arenas.

SECCION DE ANUNCIOS.

Tanto los anuncios, como igualmente los comunicados, se insertarán á precios convencionales.

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA, PERIODICO EXCLUSIVO PARA SEÑORAS Y SEÑORITAS.

Las modas más recientes representadas por los figurines iluminados mejores que se conocen, las explicaciones más detalladas que se pueden desear, la moralizadora lectura de sus novelas y artículos hacen que esta publicación no tenga rival ni aun en el extranjero.

CADA AÑO REPARTE.

2,000 á 2,500 dibujos de bordados, labores y adornos de cuantas clases invente el buen gusto.—24 grandes patrones para cortes de vestido tamaño natural.—Varías tapicerías en colores, púto Berlin.—Algunas piezas de música.—100 figurines en negro y 48 ó más sobre acero, iluminados.—1,200 ó más columnas de lectura, tamaño gran folio, impresas sobre papel vitela, que contienen cuantas explicaciones pueden desearse sobre las labores y adornos, y sobre 60 tomos de novelas preciosas, instructivas y morales.

REGALO.

Las señoras que se abonen á la edición de lujo, reciben gratis el gran *Almanaque Enciclopédico español ilustrado*, que la empresa publica exclusivamente con este objeto.

Para más detalles le dá el prospecto gratis en su administración de Madrid, calle de Bailen, núm. 4, y librería de D. C. Bailly-Baillière, plaza de Popete, núm. 8.

También se remite á provincias á quien lo solicite.

PASTA DE CARACOLLES.

Está generalmente reconocido que este remedio es el más eficaz para curar radicalmente y con la mayor prontitud las penosas enfermedades que atacan al pecho, tales como la tos, los catarros, espasmos de sangre, irritaciones, constipaciones, etc. A sus incontestables cualidades reúne la de tener un sabor agradable de la que hace gustoso su uso. Véndese á 2 francos en la caja, y para asegurarse de la pureza y legitimidad de este producto, *cómprese el sello de la farmacia Querequembu*, inventor Roche, sucesor, rue de Poutou, 11, París. La Agencia franco-española, calle del Sordo, 31, en Madrid, sirve los pedidos; en provincias sus depositarios. Por menor á 10 rs. caja, señores Borrell hermanos, Puerta del Sol, 7 y 9; don José Simón, Caballero de Gracia, 1; Moreno Miquel, Arenal, 4 y 6; Escolar, plazuela del Arenal, 7, y Sanchez Ocaña, Príncipe, 13 (A.—3,132).

ACEITE DE HIGADOS FRESCOS DE BACALAO DE HOGG

Depósitos en Madrid: Farmacia de Simón, Moreno Miquel, Escolar, Sanchez Ocaña, Ortega y Just. La Agencia franco-española, 31, calle del Sordo, sirve los pedidos. (A.—3,056).

VINO DE SALSEPAREILLE ROIS D'ARMENIE D'CH ALBERT

La composición de este vino es esencialmente vegetal; constituyendo por sus propiedades tónicas y depurativas el más precioso agente terapéutico empleado para la curación de las enfermedades secretas más inveteradas, así como de las llagas, granos, empíones, eczemas, vicios de la sangre, etc.

PARIS, rue Montorgueil, 10.

En Madrid, Sres. Borrell hermanos, Escolar, A. Just, Moreno Miquel y Sanchez Ocaña Barcelona Borrell hermanos, viuda de Padro y D. Ramon Cuyas.—Valencia Vicente Maria.—Sevilla, viuda de Troyano.—Cádiz, S. Jordan.—Málaga, P. Florouzo.—Murcia, Lucas Serrano.—Zaragoza, R. Rios Blanco.

CALDO JULIEN.

Se hace en un minuto, y es el único que contiene realmente todos los elementos del caldo casero, ó sea carne, legumbres, grasa, gelatina y sal. Ha sido premiado en las exposiciones del Havre y Amsterdam de 1869. Precio 8 rs. caja. En París, rue du Temple, 22, casa Ancelin, Desnoix y Compañía, sucesores. En Madrid, para los pedidos, Agencia Franco-Española, 31, calle del Sordo.

ORGANO-CONRADO.

REAL PRIVILEGIO DE INVENCIÓN.

PREMIADO CON MEDALLA EN LA EXPOSICION DE ZARAGOZA.

Con dicho instrumento se tocan Misas, Vísperas, Gozos, Salve y canto sea necesario en una Iglesia, á canto llano ó figurado, sin saber música. Media hora basta para comprender su mecanismo, y un solo día para usarlo perfectamente. Los hay colocados, con gran éxito, en Bilbao, Chodes, Montañana (Aragón) y á fines de Noviembre se colocará otro en Arrayoz (Bastan, Navarra); y á fin de año en varios puntos. Los hay de varios precios. Se conceden plazos para su pago. Gran surtido de pianos y armonios, españoles y extranjeros, con las mismas condiciones de pago.

Para los pormenores, dirigirse al inventor y fabricante del órgano. *Conrado Garcia*, en Pamplona. (Núm. 684).

Médico de la facultad de París maestro en farmacia, ex-farmacéutico de los hospitales de la ciudad de París, profesor de medicina y botánica, agraciado con varias medallas y recompensas nacionales, etc.

Los roles cuentan treinta años de éxito universal: es un remedio sencillo, fácil de tomar, infalible para la curación pronta y radical de las enfermedades contagiosas de ambos sexos, gonorreas recientes ó antiguas y flores blancas.

ÚNICO PREMIO EN LA EXPOSICION DEL HAVRE DE 1868. AGUA DE LAS HADAS.

(Eau des fées) única admitida EN LA EXPOSICION UNIVERSAL DE 1867.

Preparada según la fórmula del doctor MOREL.

El Agua de las Hadas resuelve de un modo definitivo el problema de teñir progresivamente el cabello y la barba. El Agua de las Hadas es la única que cumple lo que promete. Nada hay que temer del uso de esta agua milagrosa llamada con tanta justicia *Agua de las Hadas*, cuya propagadora es MAD. SARAH FELIX.

Deposito general, rue Richelieu, 43, PARIS.

En Madrid, por mayor, Agencia franco-española, Sordo, 31.—Depósitos en las acreditadas perfumerías: El Ramillete Europeo, calle de Alcalá, núm. 34; La Reina de las Flores, Carrera de San Gerónimo, núm. 21, y en casa de los señores Moreno Miquel, Arenal, 2; Escolar, plazuela del Ángel, 7, y Sanchez Ocaña, Príncipe, 13. (A.—3,054).

LA SALVACION DE ESPAÑA.

LECTURA PARA EL PUEBLO.

Este interesante folleto, entre las importantes materias que contiene se encierra un himno marcial en honor del señor D. Carlos VII.

LA PASTA PECTORAL DE DEGENETALS FARM.

Esta es muy agradable al gusto, sana muy pronto todas las irritaciones de la garganta, y es muy eficaz para curar la coqueluche. Ofrece la ventaja de poderse tomar en cualquier lugar y tiempo, y de conservarse muchos años sin perder nada de su eficacia.

En Madrid, rue Saint-Honoré, 24, Casa de expedición, rue Montmartre, 18, París.—Exigir la firma Degonetals.—En Madrid sirve los pedidos la Agencia franco-española, calle del Sordo, núm. 31. Por menor, á 8 y 12 reales caja, Sres. Borrell, hermanos, Moreno Miquel, Escolar, Sanchez Ocaña y Ortega.

EL CATOLICO. PERIODICO RELIGIOSO, CIENTIFICO Y LITERARIO. Se publica por ahora en los días 4, 8, 16 y 24 de cada mes. Regala á los suscritores un Compendio de Historia eclesiástica. Haciendo la suscripción en casa de los correspondientes de provincia, 1.ª trimestre y 4.ª al año. En Ultramar y extranjeros 400 rs. al año.

Se vende en la imprenta de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL, y en las librerías religiosas de provincias, y en Madrid en las de Olamendi, Aguado, Sanchez Rubio, D. Leocadio Lopez, Tejido y Cuesta.

Precio: Dos y medio reales en Madrid y tres en provincias, franco el porte.